

tales como lenguaje y en cierto modo religión, costumbres é invenciones, no se les puede colocar como grupo genealógico y antropogenético en la parte más baja del árbol genealógico de la humanidad, ni se puede calificar su condición de estado primitivo ó de estado infantil. Víctor de Strauss ha explicado perfectamente el profundo sentido de esta palabra «estado infantil de la humanidad,» expresión que menos comprenden aquellos que más se valen de ella: «Se habla del estado infantil de la más remota humanidad, y aun puede añadirse que razón hay para ello. Mas al expresarse así, hay que tener en cuenta que un niño, durante los primeros años de su vida, realiza un desenvolvimiento mucho mayor que durante los ochenta posteriores; que un niño, si está dotado de viveza, comprende todas las cosas y las madura interiormente, más rápida, enérgica é imparcialmente que cuando es adulto; y no se olvide que aquellos seres antiguos, con estas y otras ventajas de la infancia, van creciendo hasta llegar á ser hombres y ancianos dotados de intuición, de pensamiento y de reflexión.» Hay una gran diferencia entre la falta de madurez del niño y la poca madurez del adulto que ha quedado estacionado por lo limitado de las relaciones de su vida en muchos conceptos. Los que denominamos pueblos naturales están muy cerca de esto último, pero distan mucho de lo primero: los llamamos pueblos pobres de civilización, porque varias causas internas y externas les han impedido realizar aquellos desenvolvimientos permanentes en el terreno de la cultura, que son los que caracterizan á los verdaderos pueblos civilizados y garantizan el progreso civilizador. Mas no por esto nos atreveremos á llamarles pueblos sin cultura, por la sencilla razón de que no carecen de los primitivos elementos civilizadores — lenguaje, fuego, armas, víveres — que son los que permiten subir á un peldaño superior; y de que la posesión de estos medios y de otros muchos, entre los cuales pueden citarse los animales domésticos y las plantas de cultivo, acusa muchos puntos de contacto con los verdaderos pueblos civilizados. Las causas por las cuales no aprovechan estos dones son muchas y de muy diversa índole. Entre ellas suele ponerse en primer lugar la deficiencia de aptitudes espirituales, pero esto, que podrá ser muy cómodo, dista mucho de ser equitativo. Ciertamente que dentro de los pueblos naturales encontramos gran diferencia en punto á aptitudes, y que en el curso del desenvolvimiento civilizador, los pueblos dotados de más relevantes cualidades se han ido asimilando cada vez más los elementos de cultura, dando á sus progresos un carácter de fijeza y de seguridad, mientras que los pueblos menos aptos han quedado atrasados; pero respecto de esta acción de progreso ó de atraso deben reconocerse claramente y apreciarse las causas exteriores, por lo cual es más justo y más lógico mencionarlas en primer lugar. Nos explicamos por qué las residencias de los pueblos naturales se encuentran principalmente en las comarcas frías y en los países muy cálidos, en solitarias islas, en montañas apartadas, en territorios pobres y yermos; y

comprendemos su permanencia en aquellas regiones de la tierra que, como Australia, los países del Polo Norte y una parte de América, ofrecen tan pocos elementos al desarrollo de la agricultura y de la ganadería. El carácter de inseguridad que revisten los recursos, desarrollados de una manera incompleta, con que cuentan, constituye una pesada cadena que ata sus pies y les impide moverse fuera de un espacio limitado. Sigue, luego, el escaso número de estos mismos recursos, de cuya escasez resulta la de sus aptitudes intelectuales y corporales, la falta de hombres notables, la ausencia de aquella benéfica presión que, en la actividad y previsión de cada individuo, ejercen las masas que le rodean y que contribuye también á la división de la sociedad en clases, y la utilización de la división del trabajo que tan excelentes resultados produce. Aquella inseguridad de recursos es, en parte, causa de la poca fijeza de los pueblos naturales, del carácter nómada que á todos les caracteriza, aun en aquellas ocasiones en que un laboreo asiduo parece tenerlos encadenados al terruño, estado que promueve asimismo lo incompleto de sus instituciones políticas y económicas, las cuales no ofrecen garantía alguna de duración y no pueden, por lo mismo, dar fijeza alguna al sistema de vida de estos pueblos. De aquí nace, á pesar de ser muchas veces suficientes y buenos los elementos de cultura, una vida incoherente, fraccionada, diseminada, enervante y estéril; una existencia sin fuertes lazos de unión y un porvenir incierto, consecuencia de un incierto pasado. Toda generación comienza en ellos desde abajo, porque toda la experiencia de sus antepasados muere con estos: el hoy no sabe nada del ayer y el mañana no saca ninguna enseñanza del hoy: su vida es, pues, una vida sin cohesión y, por ende, sin desarrollo seguro; no aquella vida en la cual se desenvuelven los gérmenes de la cultura, que ya en los comienzos de lo que llamamos historia han aparecido en muchos casos de una manera exuberante; sino que es más bien una vida llena de decadencias y de vagos recuerdos de esferas de cultura, posteriores, en parte, á los comienzos de nuestra historia.

El que quiera estudiar el origen de la civilización ha de cuidar mucho de no confundir los pueblos de civilización primitiva con los actuales pueblos naturales. Para explicar en globo y en pocas palabras la situación en que se encuentran dichos pueblos respecto de aquellos de los cuales formamos nosotros parte, diremos: bajo el punto de vista de la civilización, constituyen dichos pueblos una capa inferior á la nuestra; pero por su conformación y aptitud naturales son, en parte — en cuanto es posible reconocerlo — iguales á nosotros. Pero esta estratificación no ha de entenderse en el sentido de que aquella capa constituye el grado de desarrollo inmediatamente inferior al nuestro y por el cual hemos debido pasar nosotros necesariamente; sino en el de que se compone así de elementos que han permanecido estancados, como de otros que han sufrido una desviación ó un retroceso.

ESENCIA, ORIGEN Y DESARROLLO DE LA CIVILIZACIÓN

¿Qué es la civilización? — Importancia que para la civilización tienen la conexión y el encadenamiento. — Noción de la «semi-civilización.» — Relación entre los elementos espirituales y los materiales de la civilización. — Bases materiales. — Germen espiritual. — Origen de la civilización. — Riquezas de la naturaleza. — Civilización y agricultura. — Condiciones climatológicas favorables. — Civilización y nomadismo. — Centros de civilización en las mesetas. — El elemento político en la civilización. — Zonas de civilización.

Con la palabra civilización ó cultura designamos comúnmente la suma de todas las conquistas espirituales de una época; pero esta definición dista mucho de ser clara y fija. Hablamos de grados de cultura, de cultura baja y elevada, de semi-civilización y sobre todo ponemos frente á frente á los pueblos naturales y á los civilizados; de todo lo cual se desprende que, al estudiar las distintas civilizaciones de los pueblos que cubren la tierra, partimos de una medida determinada, y que esta medida no es otra que el grado de civilización alcanzado por nosotros. Para nosotros, la civilización no es más que nuestra civilización. Aun aceptando que realmente la manifestación más elevada y rica de esta noción se encuentra realizada en nosotros, ha de parecernos importantísimo, para el conocimiento de la materia de que tratamos, seguir el curso de este florecimiento á partir desde el germen del mismo. Y únicamente conseguiremos el objeto que nos proponemos, cual es conocer la esencia de la civilización, comprendiendo la fuerza impulsiva que desde los más mezquinos principios, ha ido desarrollando cuanto se resume en la palabra civilización.

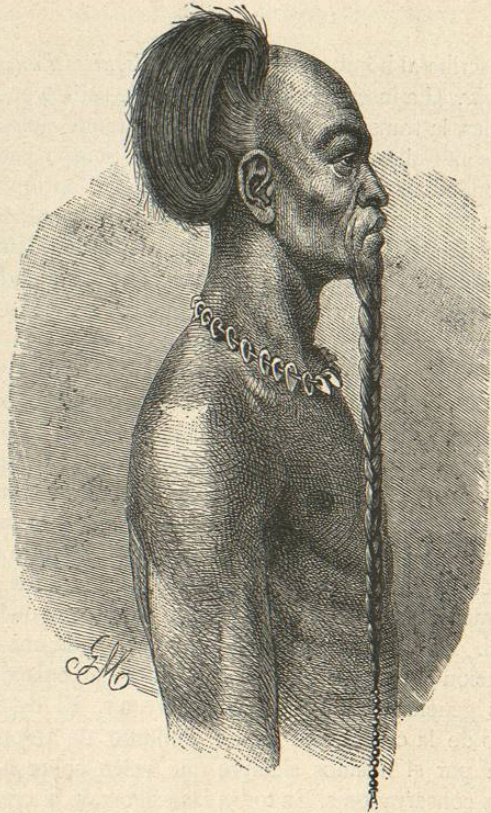
Todos los pueblos poseen cualidades intelectuales y en su vida desarrollan algo espiritual: todos llaman suya á una suma de ideas y facultades que constituye su civilización, y la diferencia entre estas «sumas de conquistas espirituales» estriba no en su magnitud, sino en la diversidad de fuerza de crecimiento. Valiéndonos de una imagen que dará una idea clara de nuestro pensamiento, diremos que un pueblo culto nos parece un árbol corpulento que, creciendo constantemente durante muchos siglos, ha ido adquiriendo un tamaño y una consistencia superior á la bajeza y fragilidad de los pueblos incivilizados. Hay vegetales que en unos puntos son simples hierbas mezquinas que mueren y se reproducen todos los años, al paso que en otros se convierten en magníficos árboles. La diferencia consiste en la conservación de los resultados de esos crecimientos anuales, en la agrupación y fortalecimiento de los mismos. De la propia manera, este efímero crecimiento de los pueblos naturales, á los que sin razón se ha calificado de malezas de pueblos, hubiera producido algo permanente y hubiera podido cada generación aparecer en un peldaño más elevado, gracias al firme apoyo de lo realizado por las generaciones anteriores, si hubiera encerrado en sí misma una fuerza de conservación y de fortalecimiento. Pero esta fuerza, que es la más eficaz para conseguir la civilización, falta en aquellos pueblos, y esto hace que todas las plantas llamadas á crecer y prosperar, continúen arrastrándose por el suelo y vivan miserablemente y luchando por conseguir un poco de aquel aire y de aquella luz de que hubieran podido gozar abundantemente, si hubiesen sido más altas. Condorcet ha formulado claramente la terrible verdad en las siguientes frases, muchas veces copiadas, pero pocas desarrolladas, con

que describe al hombre natural en su *Esquisse d'un tableau historique*: «La inseguridad y dificultad de satisfacer sus necesidades, la transición necesaria del supremo cansancio al descanso absoluto, no dejan al hombre tiempo para que, abandonándose á sus pensamientos, pueda enriquecer su espíritu con nuevas combinaciones. Los mismos medios con que puede satisfacer sus necesidades, dependen demasiado de accidentes y de las estaciones, para que le sea dado crear una industria útil, cuyos progresos puedan ser conservados por la tradición y luego transmitidos: por esto cada uno de ellos se limita á desenvolver su habilidad particular.»

En esta limitación del individuo, que lo mismo existe en el espacio que en el tiempo, es decir que aísla lo propio á las cabañas, á las aldeas y á los pueblos entre sí, que á las generaciones de hombres que unas á otras se van sucediendo; en esta limitación, decimos, consiste la negación de la civilización: por el contrario, la cohesión de los que viven en un mismo tiempo y la conexión entre los que sucesivamente existen, hacen posible su desenvolvimiento natural. La unión de los contemporáneos de una misma generación asegura la base de la cultura; el enlace íntimo de las generaciones garantiza su porvenir. El desenvolvimiento de la civilización es un conjunto de tesoros que crecen por sí mismos siempre que velen sobre ellos las fuerzas conservadoras. En todas las esferas de la creación y acción humanas, encontraremos que la cohesión constituye el fondo de todo superior desenvolvimiento. Únicamente en virtud de esta poderosa cooperación, del mutuo auxilio, sea entre contemporáneos, sea de generación á generación, consigue la humanidad llegar al grado de civilización en que actualmente se encuentran los miembros superiores de la misma.

En el anterior capítulo hemos demostrado que la falta de cohesión es el signo distintivo de los pueblos naturales; de la misma suerte, podemos afirmar que el punto más esencial del mayor desenvolvimiento de la cultura, lo constituye la mayor y más íntima cohesión de todos los coetáneos entre sí y con las anteriores generaciones. Entre esos dos extremos desarróllanse todos los grados intermedios que designamos con la palabra, demasiado lata, de semi-cultura. Esta noción que, puesta entre aquellos dos extremos, parece por sí misma indicar «una idea intermedia», merece, sin embargo, que la dediquemos algunas palabras. Si en la civilización superior encontramos la confirmación más enérgica, así de las fuerzas conservadas como de las ampliadas y desenvueltas, en la semi-cultura están en completa actividad las primeras, al paso que las últimas, con su estancamiento, son causa de la inferioridad de dicha semi-cultura, inferioridad que en el mismo nombre ha de traslucirse. Las parcialidades é imperfecciones que caracterizan á la semi-cultura, afectan esencialmente al progreso intelec-

tual: en cambio, desde el punto de vista económico encontramos un desarrollo tan prematuro en la misma, que hace 200 años, cuando la Europa y la América del Norte no habían tomado el prodigioso vuelo que luego le han dado el vapor, el ferrocarril y la electricidad — que han inaugurado una nueva era de civilización — la China y el Japón por sus adelantos agrícolas, industriales y mercantiles y por sus canales y caminos (hoy por otros superados y en parte sumidos en profunda decadencia) sorprendían á los viajeros europeos, algunos de los cuales, dando muestras de imparcialidad, no vacilaban en expresar públicamente la admiración que tal superioridad les causaba. Los europeo



Un jefe del Manyemma (según Stanley)

y los pueblos derivados de éstos que pueblan la América y la Australia, no sólo han alcanzado, de 200 años á esta parte, el grado de adelanto que entonces tenían, en muchos conceptos, los asiáticos orientales, sino que han ido mucho más allá. Esto demuestra en qué consiste el enigma de la civilización china, de su apogeo y de su estancamiento, y en general de toda semi-cultura, pues ¿á qué otra cosa se debe esta superioridad adquirida por el Occidente sobre el Oriente, que al soplo libre de la facultad creadora? Los chinos carecen de espíritu de investigación científica, y aun de filosofía y de poesía, en el sentido titánico ó prometeico en que las toma Europa; y este espíritu de esclavitud se traduce también en su arte: todo tiende en ellos á la conservación, nada al progreso. Voltaire se ha expresado exactamente cuando ha dicho que la naturaleza ha dado á cada raza humana todos los órganos necesarios para encontrar lo que puede serla útil, pero que no le ha concedido pasar de aquí. En lo útil, en el arte de la vida práctica, han llegado á gran altura, al paso que no les debemos una sola teoría profunda respecto de la cohesión y causas inmediatas de los fenómenos.

¿Procede esta falta de carencia de dotes necesarias, ó bien deriva de la petrificación de su organización social y

política, que favorece todo lo que es mediano y ahoga al verdadero genio? Desde el momento en que notamos aquella falta en todas las manifestaciones de su organismo, hemos de atribuirla á carencia de aptitudes, que nos explica también esa petrificación de su organización social. El porvenir nos ha de dar la contestación definitiva de ello, pues el tiempo demostrará cómo y hasta qué punto habrán progresado esos pueblos por la senda de la civilización que se han anticipado á mostrarles la Europa y la América del Norte. Que aquel pueblo quiere y debe entrar en esta senda, es indudable. Sin embargo, para resolver esta cuestión, es preciso que partamos del punto de vista de la civilización completa que, en las imperfecciones de China, Japón, etc., ve simplemente indicios de una inferioridad en toda la vida de esos pueblos y á menudo también indicios de cuán difícil es esperar de ellos alguna tentativa en sentido del progreso. Si sus aptitudes únicamente son propias para la semi-civilización, la necesidad de progresar hará que busquen órganos más vigorosos entre los inmigrantes de Europa y de la América del Norte; de suerte que, para asimilarse más elevadas dotes, será preciso que se transforme todo el pueblo; procedimiento que puede muy bien haber sido causa del grado de progreso de que actualmente disfrutan los pueblos civilizados. Recordaremos, á este objeto, á los semi-mogoles, entre los europeos, á los rusos y á los húngaros, y también las conveniencias de cierta clase que millones de inmigrantes alemanes y de otras naciones han ofrecido á los mismos.

La suma de conquistas cultas, en todos los grados y en todos los pueblos, se compone de adquisiciones materiales y espirituales, siendo, como veremos, de suma importancia analizarlas separadamente, puesto que es muy distinta su significación para el valor intrínseco de la civilización, en conjunto, y sobre todo para el de sus facultades de desenvolvimiento. No todas han sido adquiridas con iguales medios, ni con igual facilidad, ni en un mismo tiempo; razón por la cual no están en la misma proporción representadas. El fundamento de las conquistas espirituales lo constituyen las materiales; así, por ejemplo, las creaciones intelectuales que dan lugar al lujo, tienden á la satisfacción de necesidades materiales. Toda cuestión relativa al origen de la civilización viene, por lo mismo, á fundirse en la siguiente pregunta: ¿qué es lo que favorece el desenvolvimiento de las bases materiales de la cultura? Y aquí hemos de hacer notar, ante todo, que, después que la utilización de los medios ofrecidos por la naturaleza para los fines del hombre, ha mostrado la senda de ese desenvolvimiento, lo más precioso no es la riqueza que ofrece la naturaleza en materiales, sino la que ostenta en fuerzas ó, por mejor decir, en impulsos de fuerza. De aquí que para el hombre sean los más apreciables aquellos dones que dan expansión y duradera eficacia al cúmulo de fuerzas que ya lleva dentro de sí mismo. Esta expansión, como se comprenderá, no pueden darla los tesoros que posee la naturaleza en cosas necesarias al hombre, ni aquellos llamados bienes naturales que ahorran á éste ciertos trabajos, que en otras circunstancias serían indispensables, como hace, por ejemplo, el calor en los trópicos, cuyos habitantes construyen sus viviendas y confeccionan sus trajes con mucha más facilidad que los de las zonas templadas. Si comparamos aquello que la naturaleza puede ofrecer con los elementos prácticos que el espíritu del hombre encierra, veremos que la diferencia es enorme y estriba sobre todo en lo siguiente: los dones de la naturaleza son, por su clase y por su cantidad, eternamente invariables, al paso que la producción de los más necesarios de entre ellos varía cada año y es, por ende, in-

calculable: estos dones están ligados con circunstancias exteriores y circunscritos á ciertas zonas, alturas y terrenos de condiciones especiales, de donde, las más de las veces, no pueden ser trasladados á otros lugares. El poder que sobre ellos tiene el hombre está, desde su origen, circunscrito por ciertos límites, que su inteligencia y fuerza de voluntad pueden ensanchar, pero no romper. Por otro lado, las fuerzas del hombre le pertenecen por entero: no sólo puede disponer de ellas, sí que también puede multiplicar-

las y robustecerlas, sin que, hasta hoy por lo menos, se haya podido trazar un límite á esta posibilidad. Nada demuestra tanto la dependencia en que la naturaleza se encuentra respecto de la voluntad del hombre, como el estado de aquellos pueblos naturales que se distinguen por su falta de energía y por su inconsecuencia y que permanecen estacionarios en todos los puntos de la tierra, en todos los climas y en todas las alturas.

No por casualidad se emplea también la palabra cultura



Hombre y mujeres namaquas (de una fotografía que posee el Dr. Fabri de Barmen)

en el sentido de agricultura, y precisamente en esto se funda su raíz etimológica. La raíz de la cosa que entendemos por cultura, en el sentido más lato de esta palabra, arranca de lo siguiente: la aplicación de una suma de fuerzas á un trozo de tierra es el principio mejor y que más anchos horizontes abre para conseguir aquella independencia de la naturaleza que, en cierto grado, da por resultado que el espíritu llegue á dominarla en absoluto. Con facilidad suma va completándose, de eslabón en eslabón, la cadena de este desenvolvimiento, pues en el continuo laboreo del mismo terreno en que el hombre vive y trabaja, se concentra la fuerza creadora de éste y se fortalecen sus tradiciones, es decir se crean las condiciones fundamentales de la civilización.

Las condiciones de la naturaleza que permiten la acumulación de riquezas, gracias á la fertilidad del suelo y al trabajo empleado en su aprovechamiento, son, pues, indudablemente de grandísima importancia para el desarrollo de la cultura, pero no por esto puede decirse con Buckle «que no hay ejemplo en la historia de que un país se haya

civilizado por sus solos esfuerzos, sin poseer en forma muy favorable alguna de aquellas condiciones.» Dado el escaso número de pueblos que tienen una civilización desarrollada, en apariencia, de un modo por completo independiente, no es fácil resolver esta cuestión. Es indudable que para la primitiva existencia del hombre, los países más á propósito eran los cálidos, húmedos y abundantes en frutos; por esto se considera que el hombre primitivo fué el de los trópicos. Y como, por otro lado, la cultura no es más que el desarrollo de las fuerzas humanas aplicado en la naturaleza y por la naturaleza, es de suponer que sólo nació á consecuencia de haber sido llevados los hombres á países menos benéficos, en los cuales hubieron de cuidar de sí mismos más de lo que debían hacer en aquella blanda cuna del mundo tropical. Esto lleva necesariamente á la idea de países más templados que por fuerza hemos de considerar como cuna de la cultura, del mismo modo que hemos mirado los países tropicales como cuna de la humanidad. ¿Y está tan absolutamente puesto fuera de duda que las culturas mejicana, peruana y otras son autóctonas? Te-

nemos en la meseta de Méjico, por ejemplo, un terreno menos fértil que el de las tierras bajas que la rodean; lo propio podríamos decir del Perú; y sin embargo, el mayor desarrollo que, según sabemos, existió en América, ha estado circunscrito á estas dos mesetas, que, en la actualidad, á pesar del mayor grado de cultura, aparecen áridas y yermas como estepas, al lado de la magnífica y exuberante naturaleza de los terrenos bajos y de las terrazas de las montañas, algunas de las cuales sólo distan una jornada de aquéllas. Puede decirse que en los terrenos tropicales y subtropicales la fertilidad del suelo disminuye en proporción á la altura y que, sean cuales fueren las condiciones climatológicas, las altas mesetas nunca han sido tan fértiles como los terrenos bajos, las colinas y las estribaciones de las montañas. Y sin embargo, las dos culturas americanas tuvieron su asiento en mesetas: el centro de la mejicana, la capital Tenochtitlán (en el sitio que hoy ocupa Méjico), estaba á 2,277 metros de altura, y más alta aún estaba situada Cuzco, capital del reino de Inka. A pesar de que en esas dos mesetas el calor y la humedad no tienen, ni con mucho, el grado de fuerza que alcanzan en la parte más considerable de la América central y de la septentrional, en ellas se desarrolló la cultura con mayor esplendor é independencia que en el resto del Nuevo Mundo.

Esto demuestra que aun cuando la cultura tenga, en general, íntima conexión con el cultivo del suelo, no es de absoluta necesidad la relación entre una y otro cuando se trata de un mayor desenvolvimiento. La cultura de un pueblo, á medida que aumenta, va desligándose del suelo en que se ha desarrollado, y crea, á medida que va desenvolviéndose, nuevos órganos que sirven más á los elementos del movimiento que á los de la radicación. Casi podría decirse que el agricultor sentía cierta debilidad natural que fácilmente se explica por su poca familiaridad con las armas y por su amor á la posesión y á la fijsa de residencia que debilita el valor y el espíritu de empresa. La mayor suma de fuerza política la encontramos entre los cazadores y los pastores — en muchos conceptos señalados como antípodas del agricultor — especialmente entre los segundos, que armonizan la movilidad con la aptitud de aparecer reunidos en masas, y la fuerza con la disciplina. Las causas de esto son también naturales y fáciles de comprender, pues en esos hombres predomina precisamente aquello que hace difícil al agricultor desenvolver sus fuerzas, la falta de fijsa, la movilidad, el ejercicio de la fuerza y del valor, y la habilidad en el manejo de las armas. A cualquier punto de la tierra que dirijamos nuestra vista, observaremos que las más fuertes organizaciones políticas de los pueblos llamados semi-cultos son producidas por combinación de estos elementos. El pueblo chino, esencialmente agricultor, está dominado por los mandchúes, después de haberlo estado por los mogoles; los persas se hallan bajo el poder de soberanos turkestaneses; los egipcios vivieron sometidos á los hyksos, á los árabes y á los turcos, todos pueblos nómadas; en el interior del Africa, los nómadas wahumas han sido los fundadores y mantenedores de los más vigorosos Estados, desde Uganda y Unyoro hasta más allá, quizás, de Kasembe y Muata Jamvo; y en Méjico, los salvajes toltecas subyugaron al pueblo de los aztecas que, como agricultor, rayaba á gran altura. Si examináramos detalladamente la historia, fijándonos especialmente en los territorios que separan las estepas de los países cultivados, encontraríamos numerosos ejemplos que vendrían á corroborar esta regla que casi nós atrevemos á llamar ley. De suerte, que las menos fértiles mesetas y las comarcas más inmediatas á ellas no fueron tan propicias al desarrollo de la

civilización y á la formación de Estados civilizados porque ofrecieran un clima más templado y con él más ventajosas condiciones para la agricultura; sino que la fuerza conquistadora y conservadora de los nómadas se vino á mezclar con el trabajo activo del agricultor, quien, por sí solo, no es capaz de constituir tales Estados. El hecho de que los lagos de las altas mesetas, tales como el Titicaca en el Perú, las lagunas de Tetzoco y Chalco en Méjico, y el Ukerewe y el Tsad en el interior de Africa, representen como puntos de apoyo y de cristalización de estos Estados, constituye un fenómeno, interesante sí, pero secundario, comparado con la influencia civilizadora de esta unión de nómadas y agricultores.

Saliéndonos de la influencia que, ora favoreciendo, ora siendo obstáculo á la civilización, ejercen las condiciones climatológicas eficaces bajo el punto de vista histórico, hemos de decir que la diferencia de climas influye de una manera mucho más decisiva por el hecho de producir grandes territorios de iguales condiciones climatológicas, territorios de cultura que, en correspondencia con las zonas climatológicas, forman verdaderas fajas al rededor del globo terrestre, que pueden ser designadas con el nombre de zonas de cultura. Las condiciones climatológicas locales, á pesar de las diferencias que entre ellas existen, tienen algo grande y común fundado en la acción distinta del frío y del calor y de sus combinaciones con la sequedad y la humedad y en los distintos grados de fertilidad que á cada uno de ellos corresponden. La experiencia histórica de que al presente dispone la humanidad, señala las zonas templadas como las más antiguas y propias para la civilización. Pero en favor de esta opinión hay algo más que un conjunto de hechos. Los desenvolvimientos históricos más importantes, más orgánicamente conexos, más constantemente progresivos, dentro de esta y por virtud de esta conexión, y que más sensación han causado de 3,000 años á esta parte, corresponden á esta zona. Y que la existencia, en esta zona, del Mediterráneo — el corazón de la historia antigua — no es debida á la casualidad, nos lo demuestra claramente la persistencia en la zona templada de los más importantes hechos históricos, aun después de haberse ensanchado la esfera de la historia más allá de Europa y de haberse transportado la civilización europea á aquellos nuevos mundos que surgieron en América, en Africa y en Australia. Después de cuanto sabemos acerca de la influencia que en los individuos ejercen las zonas frías y las tórridas, no hemos de extrañar que en esas zonas templadas, libres del pernicioso influjo de los extremos, pudiera desarrollarse la civilización de una manera más sólida y más elevada. Ciertamente en este gran tejido entra un número incalculable de hilos, pero como todos los pueblos se componen de individuos y como, en su consecuencia, todo cuanto crean aquéllos descansa en definitiva en los hechos de éstos, de aquí que lo más trascendental en este proceso sea indudablemente: primero la creación del mayor número posible de individuos dotados de las mejores aptitudes en las zonas templadas; y segundo la agrupación y reunión de los diversos territorios civilizados en una faja de cultura, en la cual el trato, el cambio mutuo y con él el aumento y robustez de los elementos del tesoro de civilización, se encuentren en las más favorables condiciones, ó en otro modo, la conservación y el desarrollo progresivo, elementos de cultura, puedan ejercer su actividad sobre la más ancha base.

Todas las civilizaciones ó, si se quiere, semi-civilizaciones cuyos restos encontramos en los países tropicales, pertenecen á una época en que el trabajo de cultura no im-

nia al individuo grandes sacrificios, y en que, por lo tanto, el florecimiento de la misma era pasajero. El estudio de la propagación geográfica de las antiguas y de las nuevas civilizaciones, nos enseña, al parecer, que á medida que fué ensanchándose la misión de la civilización, la faja de cultura se concentró en los territorios que mejores condiciones

tenían, en este lado, es decir, en los territorios de climas templados. Esta observación es de gran importancia para la historia primitiva de la raza humana y para la de su propagación, así como para conocer la significación de los restos de cultura que existen en los países tropicales, como Méjico y Perú.

EL LENGUAJE

El lenguaje es una aptitud general de la humanidad actual. — Maestros del lenguaje en los pueblos naturales. — Modificaciones de los idiomas. — ¿Existe alguna relación entre las cualidades de raza y las de lenguaje? — Origen, progreso y decadencia del lenguaje. — Palabras fósiles: dialectos y lenguas. — Relación entre el lenguaje y el grado de cultura. — Idiomas pobres é idiomas ricos. — Palabras que expresan los números y los colores. — Lenguaje mímico. — Escritura.

Todos los pueblos de la tierra tienen la facultad del lenguaje, que tenemos por la cosa más corriente. «Sean cuales fueren las dotes, las circunstancias y la historia del hombre, éste ha poseído en todas partes y sin excepción el don del lenguaje. Este, que es propio de todos los hombres, constituye también un privilegio en favor de la humanidad, pues sólo el hombre lo posee.» (Herder.) Y en verdad que no lo posee en grados esencialmente muy distintos, pues la experiencia nos demuestra que cualquier pueblo de la tierra puede aprender el lenguaje de otro. Tenemos ejemplos diarios de personas que dominan por completo algún idioma extranjero; y no es esto sólo, sino que consideramos axiomático el principio de que no una ineptitud innata, sino una indolencia arraigada, impide al hombre hablar los idiomas extranjeros más difíciles con la misma facilidad que el suyo propio. En esto, los pueblos civilizados no llevan absoluta ventaja á los naturales: cierto que los primeros adquieren con más frecuencia la facultad de hablar una ó más lenguas extranjeras, pero también lo es que los segundos han dado iguales pruebas de aptitud siempre que las necesidades del comercio y del tráfico les han obligado á ello. Muchos waganda de elevada condición hablan el kisuaheli y algunos el árabe, idioma que han aprendido también muchos wanjamwesis. En las ciudades mercantiles de la costa occidental de Africa hay muchos negros que hablan dos y hasta tres idiomas, y en las escuelas indias del Canadá nada causó tanta admiración á los misioneros como la facilidad con que la juventud india dominaba el inglés y el francés.

Los medios de que se vale el lenguaje, así la voz como los gestos que la acompañan, tienen en todos los puntos de la tierra gran semejanza, no siendo tampoco mucha la diferencia que en la estructura interna de los idiomas existe. Puede decirse que el lenguaje humano tiene una sola raíz que penetra profundamente en el alma del hombre, raíz de la cual han salido muchos y muy distintos troncos y ramas. Innumerables idiomas, distintos entre sí en todos los grados, dialectos, lenguas hermanas, lenguas derivadas y lenguas originarias independientes, llenan con diversos tonos las chozas y los bosques poblados por el hombre. Algunos pueblos pueden fácilmente entenderse entre sí, otros, que no se encuentran tan aproximados, presentan cierta analogía á poco que se les estudie, y en otros la semejanza es tan recóndita que sólo puede descubrirla la ciencia. Por último, hay un gran número de idiomas, al parecer completamente distintos, no sólo por sus palabras, sí que también por su estructura, por las relaciones que expresan y por las partes de la oración que los diferencian; pero estas diferencias no derivan en manera alguna de la desigualdad intelectual de los

que lo hablan, pues vemos á individuos dotados de muy diferentes cualidades que hablan un mismo dialecto, al paso que otros adornados de las mismas aptitudes y con las mismas tendencias, no pueden entenderse. Tampoco tienen nada que ver con la diversidad de condiciones geográficas y de razas, puesto que muchas veces mayores diferencias etnográficas separan á dos individuos que hablan un mismo idioma que á otros que hablan idiomas enteramente opuestos. ¿Cuánta mayor distancia media entre el negro que habla inglés y su afin en idioma el oriundo de Inglaterra, que entre el chino y el micronesio que poseen lenguas tan distintas! La importancia que para la etnografía tiene el lenguaje no ha de buscarse en el hecho de presentarse como prueba de afinidad de pueblos su afinidad de idiomas. El lenguaje ha sido siempre considerado en primera línea como el principal instrumento, como la condición previa de todos los demás tesoros de la civilización, como el medio más propio para adquirirlos y multiplicarlos. Con razón puede llamarsele el instrumento primero y más importante y aun el decisivo de todos cuantos el hombre posee; mas precisamente por esto es tan variable como todo instrumento, de tal suerte que una misma palabra puede, en el transcurso de los siglos, significar cosas muy distintas, puede desaparecer y puede ser reemplazada por otra propiamente caprichosa ó tomada de una lengua extranjera. Las palabras pueden, como los demás instrumentos, ser desechadas y nuevamente admitidas. No sólo algunos individuos pueden olvidar por completo su lengua nativa — como sucedió al francés Narciso Pelletier que á los doce años de vivir en Australia llegó á convertirse en hombre natural y del cual recientemente se ha hecho una preciosa descripción en la sociedad antropológica de París, y como los akka-mianis que, llevados cuando eran aún niños á Italia, olvidaron por completo, á los pocos años, su lengua madre — sino que hay ejemplos de pueblos que han dejado un idioma y tomado otro con la misma facilidad que si de un vestido se tratara. Hay algunas conquistas de la civilización más duraderas que el lenguaje, por ejemplo el conocimiento de la ganadería que, una vez adquirido, se olvida con mucha menos facilidad que el idioma patrio. No nos atreveríamos á hacer hincapié sobre este punto, que tan claro se presenta al conocedor de la vida de los pueblos, si no se confundieran con tanta frecuencia, consciente ó inconscientemente, las clasificaciones lingüísticas con las antropológico-etnográficas. Una autoridad filológica, R. Lepsius, ha creído necesario protestar contra la opinión de que los pueblos y los idiomas parten de un mismo origen y tienen idéntica categoría, como con harta frecuencia todavía se supone: «La difusión y confusión de los pueblos siguen un camino y la difusión